

ALFONSO ESPÍNOLA VEGA (1845-1905)

Recopilación, fotos y notas de

Antonio L. Turnes





En el Hall central de la Facultad de Medicina de Montevideo, a la izquierda de la entrada de su Salón de Actos, también llamada Aula Magna, existe un busto de bronce, sobre base de mármoles de diferentes tonalidades, blanco y negro, que representa la figura del Dr. Francisco Espínola Vega, un médico nacido en la isla de Lanzarote, archipiélago de las Islas Canarias, España, en la localidad de Teguise, y que trabajó con espíritu de sacrificio hasta el último día de su vida, en Uruguay. Fundamentalmente en Montevideo, Las Piedras y San José de Mayo. El busto fue realizado en 1954 por el escultor Cipriano Santiago Vitreira (1907-1977).

Los estudiantes y docentes que a diario transitan por allí, tal vez desconozcan quién fue y qué hizo este médico, filósofo y filántropo para merecer la distinción de estar en lugar destacado de nuestra

primera Facultad de Medicina. Pero con los tiempos acotados y la ligereza de los pasos que hoy se dan por ese lugar, no hay ocasión de conocer más acerca de él. Lo que sin duda debería ser una obligación de las autoridades universitarias promover y de los estudiantes y docentes conocer. Caprichosamente está acompañada por otros dos bustos: el de don Santiago Ramón y Cajal, Premio Nobel de 1906, también español, y el de un médico destacado como clínico y docente ejemplar, Raúl Piaggio Blanco, fallecido hace más de 60 años en una catástrofe aérea sobre la Amazonia. Sin embargo, miles de personas han pasado en las últimas décadas por esa encrucijada central de nuestra principal escuela de Medicina, sin conocer ni preguntarse quiénes eran y qué hicieron para merecer tal distinción esos personajes.

Aquí procuraremos dar alguna pista del primero de los mencionados.

En Las Piedras (Dpto. de Canelones), desde julio de 2005, el principal hospital público lleva su nombre.

"HOSPITAL DR. ALFONSO ESPÍNOLA" ¹

El 9 de enero de 2002, el Presidente de la República, Dr. Jorge Batlle Ibáñez, ²envió al Poder Legislativo el siguiente Mensaje y Proyecto de Ley:

09/01/2002

CENTRO AUXILIAR "DR. ALFONSO ESPÍNOLA"

El Presidente de la República envió al Parlamento un Mensaje y Proyecto de Ley por el cual se designa con el nombre de "Dr. Alfonso Espínola" al Centro Auxiliar de Salud Pública de Las Piedras

EL MENSAJE

SEÑOR PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA GENERAL

El Poder Ejecutivo tiene el honor de dirigirse a ese Cuerpo a efectos de remitir adjunto el Proyecto de Ley designando con el nombre de "Dr. Alfonso Espínola" al Centro Auxiliar de Salud Pública de Las Piedras.

Dicha solicitud es motivada por una iniciativa de la Asociación Histórica de Las Piedras "8 de Marzo de 1744", la que cuenta con el respaldo de la "Sociedad Islas Canarias", de donde es oriundo y declarado Hijo Ilustre, el Doctor Espínola del cual dijo Isidro Más de Ayala: "Fue apóstol, fue médico, fue sacerdote y fue un poeta en acción. Su vida toda es de las más hermosas poesías que se hayan recitado bajo la Cruz del Sur".

En el mes de junio de 2002, se espera la visita oficial del Presidente de Islas Canarias a nuestro país, por lo que sería propicio contar con dicha designación para la citada fecha.

El Doctor Alfonso Espínola nació el día 22 de diciembre de 1845.

El 15 de junio de 1869, obtiene el título de Médico de la Facultad de Medicina de Cádiz: "Espínola estaba dotado de magníficas condiciones, para esta profesión, pues su carácter era tan equilibrado, su espíritu tan

¹ <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/hospitalespindola/index.html> (Consultada el 23.01.2012).

² Mensaje y Proyecto de Ley dándole el nombre de Dr. Alfonso Espínola al Centro Auxiliar de Salud de Las Piedras. En: <http://archivo.presidencia.gub.uy/noticias/archivo/2002/enero/2002010912.htm>

ecuánime, su modestia tan sincera que jamás despertó envidias ni enemistades entre sus compañeros" (Pérez Galdós).

En 1878 llega a Montevideo y a los pocos meses se traslada con su esposa y tres hijos a Las Piedras por no contar dicha localidad con ningún médico. Pensó que su vida, empezaba aquel año y a ella consagró todos sus desvelos durante cuatro años.

En 1881 estalla la epidemia de la viruela, en la que como único médico en la villa, se debate sólo contra el flagelo.

En 1899 funda junto al Doctor Jaime Garan un laboratorio Microbiológico Antirrábico llamado "Dr. Ferrán", sabio español que donó el virus necesario para iniciar los experimentos, a raíz de lo cual tuvo correspondencia directa con el Doctor Pasteur.

Fallece el 20 de julio de 1905, a las tres de la mañana en el umbral de su casa, al regresar de una consulta, médica, a la que asistió estando prácticamente en agonía.

El Poder Ejecutivo saluda al señor Presidente con la mayor consideración.

PROYECTO DE LEY

Artículo 1°.- Designase al Centro Auxiliar de Salud Pública de Las Piedras con el nombre de "Dr. ALFONSO ESPÍNOLA".

Artículo 2°.- Comuníquese. Publíquese.

Dicha ley fue promulgada por el Presidente de la República, Dr. Tabaré Vázquez, el 17 de junio de 2005, luego que la nueva Legislatura le diera aprobación parlamentaria.

Las Piedras, 20 de Julio de 2005

Ante la presencia de numeroso público, el 20 de julio próximo pasado, en cumplimiento de la [ley 17875 promulgada por el Poder Ejecutivo el 17 de junio del 2005](#), se efectuó el acto oficial de denominación del Hospital de Las Piedras con el nombre del Dr. Alfonso Espínola. Participaron autoridades nacionales, encabezadas por la Ministra de Salud Pública, Dra. María Julia Muñoz; autoridades departamentales, presididas por el Intendente Municipal de Canelones Dr. Marcos Carámbula y directivos de la Asociación Histórica de Las Piedras "8 de marzo de 1744", entidad impulsora de tal denominación, encabezados por su Presidente el Escribano Hebert Rossi Pasina; y autoridades de la Cámara de Comercio Uruguay-Canarias. Como estaba previsto, el acto dio comienzo a la hora 10: 00 con palabras de bienvenida de la Directora del Hospital, Dra. Estella Flores, luego, el Presidente de la Asociación Histórica de las Piedras. Esc. Hebert A. Rossi Pasina, hizo una semblanza del Dr. Alfonso Espínola, resaltando su pasaje por Las Piedras, y cerrando el acto, la Ministra de Salud Pública, Dra. María Julia Muñoz, quien resaltó lo oportuno del homenaje al Dr. Espínola, al cumplirse 100 años de su fallecimiento.

Nominación del Hospital de Las Piedras "Dr. Alfonso Espínola" 20 de Julio de 2005 Palabras pronunciadas por el Presidente de la Asociación Histórica de Las Piedras "8 de marzo de 1744" Escribano Hebert A. Rossi Pasina "La Asoc. Histórica de las Piedras " 8 de marzo

de 1744" de acuerdo a los fines para los cuales fue creada, de rescatar de su olvido las actividades de quienes en el pasado brindaron sus esfuerzos en bien de la comunidad, para el conocimiento de las futuras generaciones. Consideró oportuno que el Hospital de Las Piedras se nominara con el nombre de un médico, eligiendo al DR. ALFONSO ESPÍNOLA, por ser el primero que se instaló en nuestra ciudad. Con el apoyo de los representantes nacionales de todos los partidos políticos, especialmente los del Dpto. de Canelones, en el año 2002, se presentó el Proyecto de Ley que viabilizaba dicha iniciativa.

Cumplido los trámites legislativos, el P.E. lo sanciona por [Ley N° 17875 del 17 de junio de 2005](#).

El DR. ALFONSO. ESPÍNOLA nació en Villa Teguise, en la Isla de Lanzarote, del Archipiélago de Canarias, el 24 de Diciembre de 1845.

Se graduó de médico en la Facultad de Medicina de Cádiz, destacándose entre sus compañeros por su talento, al extremo de haber sido llamado a consulta por sus profesores, siguiendo éstos, muchas veces, sus concejos con éxito. Tenía un ojo clínico como pocos, y en los casos graves sabía encontrar la solución del problema para evitar un fallecido más. Durante varios años ejerce como médico en su ciudad natal, pero pronto siente la incomodidad de aquel ambiente, por sus ideales republicanos. Decidido a emigrar, llega a Montevideo el 3 de Junio de 1878. La admiración que le profesaba varios de sus colegas de la Facultad de Cádiz, ya radicado en nuestro país, le permitió ejercer con singular éxito. A los pocos meses de su arribo y ante el asombro de colegas y enfermos, expresa, " AQUÍ NO HAGO FALTA, YA HAY MUCHO MÉDICOS, ME IRÉ A LAS PIEDRAS, QUE NO TIENE NINGUNO" y durante cuatro años se desempeña con ejemplar generosidad, dedicación y eficacia, en su insigne labor. En el año 1881 una violenta epidemia de viruela asoló la población de la entonces Villa San Isidro de Las Piedras, como único médico la enfrentó con heroica dedicación, salvando incontables vidas con un tratamiento que no dejaba secuelas a los enfermos. Para estar cerca de los mismos, se instaló durante 15 días y 15 noches a pocos metros de la plaza, bajo unas higueras. Era común verlo caminar por las calles comiendo un pedazo de pan y queso adquiridos en algún almacén, que quedaba a su paso, para no demorarse en llegar al lecho de sus enfermos. Cuando se entera que dos médicos jóvenes desean instalarse en Las Piedras, pero temían no tener clientela, por la fama de Espínola, éste, toma la decisión de trasladarse con su familia a la ciudad de San José. Los pedrenses, creyendo que su alejamiento era por problemas económicos, le ofrecen una importante suma mensual que no aceptó. En la ciudad de San José desarrolló su labor de médico con el altruismo de siempre, llegando a alojar enfermos en su propia casa, cuando no había lugar en el Hospital. Con el Dr. Jaime Garán, funda un laboratorio microbiológico antirrábico "Dr. Ferrán", el

primeo en Sudamérica, lo que le valió estar en estrecha comunicación con Luis Pasteur, del cual llegó a ser un dilecto amigo. En el folleto biográfico escrito por Vicente Salaberry, en oportunidad en que la Junta Honoraria Forestal le consagró al Dr. Espínola, en el Prado el **ÁRBOL DE LA ABNEGACIÓN**, tituló unos de los capítulos "Médico Desposado Con La Pobreza" y señalaba que pasaba horas y más horas junto al lecho de sus semejantes pobres o ricos y no sólo no cobraba o cobraba poco sino que muchas veces lo que cobraba lo daba. Cuando algún familiar o amigo le echaba en cara que se diese al trabajo profesional, tan sin limitación y tanta generosidad, Espínola respondía "SI USTEDES VIERAN LO QUE YO VEO, PROCEDERÍAN DE IGUAL MODO". El Dr. Espínola si bien se dio por entero a la medicina, también se dio a la enseñanza, tanto en Las Piedras como en San José.

Dio clases de Historia, Historia Natural, e idiomas, en las escuelas de segundo grado. Era tan vasta su cultura que aún enseñaba más materias que en las escuelas y en las noches estrelladas, en la Plaza de nuestra ciudad, explicaba Astronomía. Además tenía afición por la música, tocaba el violón, la guitarra, el piano y la flauta. Espínola era un orador vibrante. que en sus arengas despertaba el entusiasmo del auditorio, cuentan las crónicas que en San José, un 14 de Julio se le oyó improvisando con un conocimiento de la Revolución Francesa, digno de un generoso espíritu liberal que lo arrancara de su patria. La Asociación Histórica de las Piedras, cuando optó por el nombre del Dr.

ALFONSO. ESPÍNOLA, para la designación de este Hospital, considerábamos que estábamos homenajearlo en él, a todos los médicos que hasta el presente han ejercido su profesión en nuestra ciudad, dejando en todas la épocas, la impronta de su abnegada y generosa labor con sus enfermos. Además, varios de ellos fueron actores directos de obras de valiosos servicios a la comunidad y ejercieron honorariamente la docencia en los institutos de enseñanza de nuestra ciudad. Finalmente expresamos, que hace 100 años, el 20 de Julio de 1905, pasó al sueño eterno con una expresión serena en su rostro **ALFONSO. ESPÍNOLA**, conmoviendo a los habitantes de la ciudad de San José, quienes lo acompañaron hasta su última morada. Consideramos que hoy al cumplirse el centenario de su muerte, es el día adecuado para realizar un homenaje al Dr. **ALFONSO ESPÍNOLA**, oficializando la designación de este Hospital, con su nombre".





PARTE I

El Doctor Don Alfonso Espínola Vega Médico Canario del Siglo Pasado en el Uruguay ³

I

La aportación canaria al descubrimiento y a la expansión española en América es de indudable importancia histórica. Analola Borges y Jacinto del Castillo, profesora de la Universidad de La Laguna de Historia de América, que ha hecho importantes estudios en este sentido, me dio la idea primera de estudiar al doctor Espínola.

Canarias fue puerto de paso y lugar de abastecimientos de las naves colombinas y de las que siguieron en sus rutas hacia América. Canarias sufrió epidemias transportadas por barcos de paso para y desde América. Y, también, en ellas se establecieron lugares de reserva de esclavos negros.

Como escribe nuestro gran amigo Julio Hernández: "La historia de Canarias es la historia de un pueblo reflejado en el mar por su geografía, y ha sido precisamente América el teatro donde se ha desarrollado gran parte de la historia del pueblo canario. Es, por esto, útil conocer la vida y obra de los emigrantes que participaron de manera destacada en el descubrimiento, conquista, colonización y emancipación de las hoy diferentes repúblicas americanas, así como de su aporte a la ciencia, al arte, la literatura, la industria, la ganadería, el comercio, la agricultura y otros aspectos de la vida de la dichas repúblicas después de su independencia". Nosotros pensamos que la única faceta de los emigrantes canarios que no ha sido suficientemente estudiada es la Medicina, si exceptuamos los trabajos de Bosch Millares y del profesor Cabrera de la cátedra de Historia de la Medicina de Cádiz.

³ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Enrique: Reproducido de Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Cádiz: 28: 181-192, 1992. Académico de Número de la Real Academia de Medicina de Canarias. Publicado en Sesiones de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina, Volumen XV, 1993-1994, pp. 124 y siguientes.

Son muchas las causas que provocaron que los canarios emigraran a América. Un terreno en constante erosión, las periódicas sequías, una economía limitada, supeditada a la España peninsular; el depresivo insularismo, las huidas políticas, las deserciones militares, hicieron que muchos canarios emigraran hacia América.

II

A nosotros nos ha llamado la atención este médico nacido en la Isla de Lanzarote, en Teguise, en la mitad del siglo pasado que, con una gran preparación científica, especialmente en enfermedades infecciosas, discípulo indirecto de Pasteur, abre un laboratorio de microbiología que le da el nombre del gran médico español Ferrán.⁴

Don Alfonso Spínola Vega (1845-1905) [Nótese que a lo largo del artículo el autor escribe indistintamente Spínola o Espínola] natural de Teguise, Lanzarote, médico y filósofo. Sabio apóstol de ideales humanitarios. Pedagogo, mártir de la ciencia. Por su actuación heroica, durante la epidemia de viruela (1881-1882) en Las Piedras y más tarde en San José de Mayo (Uruguay), recibió condecoraciones de Francia, Italia y Uruguay, y quizás de América. Su figura insuperable se toma como ejemplo de abnegación y altruismo en las escuelas uruguayas. Falleció en San José de Mayo. Esta es una simple referencia que recogemos de un pequeño diccionario de personajes canarios proyectados en América.⁵

Tenemos un sello de correos editado en 1970 en Uruguay donde se muestra la cabeza de un hombre joven. Murió a los sesenta años. Hombre de abundante cabellera, frente despejada, nariz recta, labio superior prominente, mentón elevado, bigote desbordante, erecto y desafiante. Se recogen perfectamente las características más frecuentes del hombre canario. Allí, junto a su nombre y su apellido, que aparece con E inicial, hay tres palabras: médico, catedrático, filántropo.

⁴ Se refiere el autor a Jaume Ferran i Clua (nacido en Corbera d'Ebre, Tarragona, 1 de febrero de 1851 – fallecido en Barcelona, 22 de noviembre de 1929) fue un ilustre médico y bacteriólogo español, que descubrió una vacuna contra el cólera y otras vacunas contra el tifus y la tuberculosis. Normalmente es citado por su nombre castellanizado: Jaime Ferrán.

⁵ Fernández, David W.- Diccionario biográfico canario-americano. Biblioteca Canaria.

Quiso la fortuna que en la noche del 24 de diciembre de 1845, viniera al mundo en la villa de Teguiise – Canarias -, un hombre de los que, al decir del doctor Mateo Legnani, “nace uno cada mil años”.⁶



Así comienza la sintética biografía que se publicó en el número de agosto de 1951, en los “Anales de Instrucción pública”, firmada por el General Edgardo Ubaldo Genta y la profesora Elena Rossi, organizadora de otro homenaje nacional que se hizo en época no muy distante.

Era un médico y de los buenos. Tenía un ojo clínico como pocos, y en los casos graves sabía encontrar pronto la solución a los

⁶ Brazeiro Diez, H.; Genta, E. U. y Rossi E.- Anales de Instrucción Primaria. Montevideo. Ago. 1951.

problemas para evitar un muerto más. Así lo afirmó el doctor Teodoro Nicola.

En la ciudad de Las Piedras, durante la epidemia de viruela de los años 1881-82, su acción fue heroica. En aquella época la gente rechazaba la vacuna, por lo que la viruela se extendió rápidamente y con caracteres gravísimos. Pese a ello y siendo el doctor Espínola el único médico de la población, no sólo la mortalidad no aumentó de manera apreciable – según consta en los libros parroquiales, sino que a los pacientes que pudieron seguir su tratamiento no les quedaron cicatrices, ni siquiera manchas -, rastros de la terrible enfermedad que entonces habían sido inevitables. Para poder atender a tantos enfermos tenía que comer con los pies en un baño de agua caliente, cuando había tiempo para llegar a su casa, porque cuando lo tomaba la hora de la comida en los suburbios, pedía un pedazo de pan y queso en el primer almacén que encontraba y comiendo seguía su camino en procura de otro enfermo. La misma actitud heroica asumió en la epidemia de San José, lo que le valió la felicitación del Presidente del Gobierno y condecoraciones de los gobiernos de Francia e Italia. En esta ocasión fue el médico que más enfermos asistió, con el mismo desinterés y éxito que en Las Piedras.

Los vecinos, teniendo en cuenta en el estado de pobreza que su generosidad lo había llevado, le ofrecieron una Póliza de Seguro de Vida que rechazó.

Uno de los hechos que más se destaca en Uruguay sobre su vida la registra un lienzo que existe en el Museo Histórico Nacional de Montevideo y que lleva el título de "Históricas higueras". Las higueras del cuadro se recuerdan porque en la epidemia de viruela que azotó la localidad de Las Piedras, el doctor Espínola, único médico de la población, estuvo sin acostarse 15 días con sus 15 noches, instalándose en algunos momentos al pie de las higueras donde sus amigos se turnaban para acompañarlo en los breves momentos que de vez en cuando permanecía inactivo.

Su espíritu investigador lo desarrolló principalmente en la cabecera del enfermo, pero también encontró campo en todo lo que significara ciencia y humanidades. Fundó con sus escasos recursos, en San José de Mayo, un Laboratorio de Microbiología Antirrábico, el primero que tuvo el Uruguay, y quizás América, porque se fundó sólo cuatro años después del de París. Laboratorio de gran importancia,

por lo que el Ministro de Francia en Uruguay M. Borcier Saint Chaffray, que lo visitó, lo puso en comunicación con Pasteur.

Daba clase de 2°. Grado para varones de Las Piedras y San José y en el centro de Instrucción de segunda enseñanza, que por algún tiempo tuvo esta última ciudad, renunciando a sus honorarios para que con ellos se enriqueciera la biblioteca del propio centro. Cuando se cerró el centro daba clase a los jóvenes de Matemáticas, Idiomas, Historia, Literatura y Filosofía en su casa, y Astronomía en la plaza pública. Hasta organizó en San José las conferencias Culturales para los que no podían asistir a sus clases.



A su llegada a Montevideo fue acogido por sus compañeros de estudios, Cuenca y Cabello, y el doctor Serratosa, conocedores de su fama durante la carrera universitaria en la Facultad de Cádiz. A los pocos meses, aún con gran clientela, asombró a compañeros y enfermos diciendo que se iba a Las Piedras porque allí no hacía falta, era preciso en otros lugares que no hubiera médicos.

Apoyado en su tosco bastón recorría las calles en busca de los enfermos más necesitados, como un viejo patriarca que se complaciera en el regusto de las difíciles disciplinas del deber.

El doctor Espínola fue el prototipo del caballero demócrata. Fue un gran amigo del pueblo. Sus eruditas, brillantes y profundas arengas en las tribunas fueron sostenidas y reafirmadas con sus actos, sin una sola claudicación, enseñando en su estoico ejemplo la vieja sentencia latina: “no amemos solamente con la palabra y con la lengua, sino con la obra y en la verdad”. Fue un predicador incansable del optimismo y la esperanza. En la celebración de fiestas importantes solicitaban su concurso. Le pedían que hablara al pueblo. Su viril y hermosa cabeza, con voz agradable y bien timbrada, se iba elevando y haciéndose fuego. Improvisaba, con el entusiasmo que le inspiraban las grandes causas, una concisa, profunda, elocuente y encendida oración, haciendo vibrar a la multitud que estallaba en nutridos aplausos y vivas clamorosos. Despertaba la conciencia, enseñaba a los hombres a ser limpios de corazón, desprendidos de ambiciones impuras, heroicos de acción, libres de maldad, respetuosos con sus semejantes, para reunirse en una sola familia – la familia humana - por el único e indestructible lazo que puede acercarlos: el amor. Creía con Montesquieu, que el fundamento de la república no puede ser sino la virtud para subsistir. Por esto quería a todos virtuosos. *“No quiero privilegios de extranjeros sino responsabilidades de ciudadano, por esto tomo la nacionalidad uruguaya”.*

III

Fue un artista con temperamento. Conocía perfectamente la música, que compuso alguna vez. Tocaba con exquisito arte la guitarra, el violín, la flauta y el piano, con los que deleitaba a veces a sus pacientes.

En Uruguay aún permanece vivo el recuerdo de este médico. En el periódico *Aquí está...* de San José de Mayo, Uruguay, Viernes 5 de septiembre de 1969, recogemos lo que sigue:

Del anecdotario del

Dr. Alfonso Espínola

Altruísmo

Cuando el hospital de San José, era pequeño para albergar a los enfermos que acudían a él, el Dr. Alfonso Espínola, jamás permitió que ningún enfermo pobre, fuera rechazado, por falta de cama;

alojándolos en esos casos, en su hogar; donde eran solícitamente atendidos, aún cuando se tratara de enfermos contagiosos. Hasta nueve enfermos, simultáneamente, llegaron a auxiliarse en su hogar. En cierta ocasión, el doctor pidió a su esposa, doña Rosalía Espínola, que preparara una cama para otro enfermo. "Pero Alfonso, dice la Señora, todas las camas están ocupadas ya"... "No importa contestó el Dr. Espínola, aunque sea un colchón en el suelo... Se trata de un hombre con pulmonía doble... si se va al campo se muere... tiene siete hijos... y es el sostén de la familia".

Y hubo de improvisarse una cama más. En otra oportunidad fue el propio lecho del matrimonio, el que hubieron de ceder a un herido grave que llegó a media noche.

(Nota extractada de la biografía del Dr. Alfonso Espínola, por el Prof. Don Orestes Araujo, en la "Galería de Españoles Notables en el Uruguay" publicada en "El Diario Español" de Montevideo, el 23 de julio de 1908, y relatos de enfermos, que en aquella época, se asistían en el hogar del doctor Alfonso Espínola.

N. de R. – Meditamos lo que esto significaría para una familia de tan escasos recursos que la señora del doctor cosía para las tiendas a fin de ayudar a solventar los gastos del hogar.

El Diario Español, Montevideo, sábado 20 de Julio de 1968.

Efemérides

JULIO 20, 1905.- Fallece en la Ciudad de San José de Mayo, el eminente hombre de ciencia doctor Alfonso Espínola. Sabio, médico, filósofo, filántropo, que fundó a su costa, en el año 1889, secundado por el Doctor Jaime Garau, el primer laboratorio Microbiológico, Antirrábico, que tuvo la República Oriental del Uruguay al que denominó: "Doctor Ferrán".

El Dr. Espínola era un distinguido médico español, canario de nacimiento, que se radicó en el Uruguay, desarrollando una altamente humanitaria obra.

San José, Diciembre 28 de 1969.

Doña Rosalía Espínola de Espínola

La vida humana, ese tránsito fugaz, va dejando en el devenir de los Siglos, ejemplos maravillosos de conjunción de mentes, de actitudes, de sentimiento, prolongación en esferas distintas de un común apostolado. Verdad que se nos hace presente, al indagar en la vida notable del Dr. Alfonso Espínola y en la de doña Rosalía Espínola de Espínola la abnegada mujer que fue su esposa.

De rara belleza – sus manos y pies sirvieron de modelo para la Virgen que se venera en Yaiza, Islas Canarias, su villa natal; se casó joven para vivir concentrada en su hogar, donde casi no tenía el descanso normal, pues en ella repercutía el humanismo, llevado al extremo del sacrificio, que ejercía el Dr. Espínola.

Cosiendo para las tiendas, ayudaba al sostén del hogar de un médico que cada día tenía mayor cantidad de clientes, pero no fijaba, ni menos exigía honorarios.

El mundo hogareño donde se movía doña Rosalía, semejaba un hospital.

Siempre había lugar para albergar enfermos y en cierta ocasión, habiendo llegado a media noche un enfermo grave y estando todas las camas ocupadas, le cedieron su propio lecho.

Un hospital sin personal, pues todo tenía que hacerlo ella y no por eso descuidó la atención y educación de sus hijos.

Sólo seres extraordinarios, elegidos, pueden vivir tan intensamente para los demás, olvidando hasta lo más indispensable para ellos.

La vida de doña Rosalía Espínola de Espínola, una dama todo bondad, fue una prolongación en el hogar, de la filantropía de su sabio esposo.

Así lo entendió la Comisión de la Facultad de Medicina, en oportunidad de un homenaje al doctor Espínola, resolviendo que uno de los oradores se refiriera a ella exclusivamente.

Su biografía figura entre las “mujeres que han distinguido a América.

En una fecha como hoy, el 28 de Diciembre de 1941, se extinguía la vida de esta heroína de la bondad.

La vida humana, ese tránsito fugaz, suele dejar ejemplos como éste, que esos sí perduran, son eternos.

El Día. Montevideo, sábado 20 de Julio de 1968, da una nota con dos errores. Véase.

Doctor Alfonso Espínola Espínola. (Sabemos que su segundo apellido era Vega).

Se cumple hoy veinte años del fallecimiento (había muerto el 20 de Julio de 1905) – en la ciudad de San José – el eminente hombre de ciencia, Dr. Alfonso Espínola.

De origen canario, esta ilustre personalidad trajo a nuestro país savia vigorosa de espíritu creador.

Del profuso legado que dejara a nuestro pueblo, recordamos la fundación a su costa, en 1889 (secundado por el Dr. Jaime Garau) del primer laboratorio de Microbiología Antirrábico, al que denominó "Doctor Ferrán".

El doctor Espínola no tenía coche, y por esto, cuando tenía que salir al campo a visitar algún enfermo, solicitaba los servicios de Parmentier, un viejecito vasco francés, que tenía un coche de alquiler. En cierta oportunidad, según contó Parmentier, salieron de la ciudad de madrugada, llegando a la casa del paciente al promediar la mañana. Terminada la visita regresaron después del mediodía. Al pasar por un almacén le dice Spínola al cochero que si tuvieran dinero, podrían almorzar. El cochero le replica: "Usted, tiene, doctor, revise los bolsillos". Lo hizo y asombrado con los billetes en la mano, exclamó: "¿Y esto?". A lo que el cochero le aclaró: "Cuando usted salía del rancho, acompañado de aquellos hombres que le rodeaban, uno de ellos, con disimulo, le introdujo el dinero en su bolsillo". "¡Ah!, qué barbaridad ha hecho esa gente. Van a necesitar ese dinero. Volvamos". "Pero doctor, vamos a desandar tantas leguas, además ese dinero es suyo, lo ha ganado con su trabajo". Espínola, enérgico y decidido, dijo a Parmentier: "No podemos seguir, vamos a dar la vuelta"... Volvimos a la casa del enfermo a entregar el dinero. Satisfecho con su implacable conciencia, volvieron ya de noche y sin comer.

Era el médico de la familia de don Federico Laca. Después de la visita, siendo acompañado por la dueña de la casa hasta el portal de la calle, se ven sorprendidos por una brutal lluvia. La señora le ofrece el paraguas. Él, al principio, rehúsa el ofrecimiento, pero después de tanto insistir, lo acepta. La señora de Laca entra en su casa llena de satisfacción porque por una vez ha doblegado el fuerte carácter de Espínola. Al rato, aparece la sirvienta apenada porque ha visto al doctor Espínola enchumbado guareciéndose en el estrecho hueco de un marco de puerta, con ésta cerrada. Le había dejado el paraguas a la viejita limosnera, la primera persona que encontró por la calle sin algo para protegerse de la lluvia.

Publicado en el diario *Aquí está...* el 20 de julio de 1971. San José de Mayo.

Dr. Alfonso Espínola.

A los 66 años de su muerte física.

1905 – 20 de julio de 1971

Era el día 19 de julio y al caer la tarde, una mujer solicitaba los servicios del Dr. Espínola, para su marido enfermo. Se le informa que el Dr. Espínola está grave, en cama, pero como el enfermo era guardia civil, podía recurrir al médico de la Policía.

Al rato vuelve la postulante, llorando porque no podía encontrar al médico de la Policía y el marido estaba muy mal.

El Dr. Espínola que se entera de lo que ocurre, pide la ropa para acudir al llamado; fue en vano quererlo disuadir de su propósito, y ya de pie, mirando con asombro a su señora e hijos, le dice: "¿Pero ustedes me piden a mí – y recalcando las palabras -, a mí me piden que yo deje morir a un hombre?"

Y marchó con la mujer que lo aguardaba llorando. Al regreso, el Dr. Espínola, ya sin fuerzas no pudo trasponer el umbral de su casa; allí permaneció hasta que advertido por sus familiares, lo levantaron para reintegrarlo a la cama. Unas horas después, al día siguiente, 20 de Julio, a las tres de la mañana dejaba de existir...

El ilustre Dr. José Irureta Goyena, dice en carta dirigida a una de sus hijas: "Todo lo del Dr. Alfonso Espínola es grandioso; pero para mí, nada como haberse levantado de su lecho de muerte, para ir a socorrer a un semejante que se encontraba en el mismo trance que él"...

IV

Una lápida abandonada y una simbólica higuera podrían ser nuestro comentario a una pequeña nota de prensa escrita por el periodista tenerifeño Gilberto Alemán en el *Diario de Avisos* de Santa Cruz de Tenerife el 20 de Junio de 1988. La mostramos en parte por la sensibilidad que se recoge de ella: el desprecio de unos y la admiración de otros.

"Había una lápida en la fachada del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, en la calle Méndez Núñez, en homenaje del pueblo uruguayo al doctor Alfonso Espínola. A mí me extrañó aquello y lo investigué. Uruguay envió el mármol a Santa Cruz porque entonces era la capital de la única provincia canaria. Se me ocurrió entonces que se hiciera una réplica y se enviara a su pueblo natal que no es otro que Teguise, en la isla de Lanzarote.

La lápida debe estar ahora en algún almacén municipal.

Pero ¿quién era el doctor Alfonso Espínola? A esta pregunta responde con algunos detalles familiares y con un recuero a lienzo que existe en el Museo Histórico Nacional de Montevideo y que lleva título de "Históricas higueras".

"A mí me parece, escribe Gilberto Alemán, que no estaría mal que la lápida, que una vez estuvo en el Ayuntamiento de Santa Cruz, agradecimiento del pueblo uruguayo a la tierra que le vio nacer, sea llevada a Teguise. En Teguise el doctor Espínola es un dato importante para su historia."

Estos datos originales y no utilizados por otros autores y otros tan interesantes los hemos recibido de doña Carmen Spínola de Fajardo y fueron facilitado por su prima Esther Espínola Espínola, hija del doctor Espínola, que vivía en la avenida del 18 de Julio en el [¿año 19?] 87, Piso 1, casilla de correos 276, en Montevideo. La última correspondencia fue el 18 de Enero 1971.

Asombro y curiosidad nos ha llevado a seguir investigando sobre la vida de este médico. ¿Por qué y dónde estudia Medicina el doctor Espínola? ¿Por qué emigra al Uruguay y por qué decide establecerse en lugares apartados y dedicarse a los más pobres?

Por un trabajo del doctor Juan Bosch Millares y la biografía confeccionada por encargo del gobierno de Uruguay para que fuera distribuida en las escuelas de ese país, así como acuerdos de municipios, del gobierno de Uruguay, cartas de médicos en las que recogemos datos del máximo interés, que ahora sólo utilizaremos para contestar en parte estas interesantes preguntas.⁷

El doctor Espínola es descendiente de conquistadores españoles y de princesas guanches, nace en el pueblo de Teguisse.^{8, 9} En su ascendencia nos encontramos al general Ambrosio Espínola y al Conde de Bethencourt. Los dos Bethencourt se casaron con dos princesas guanches. Maciot de Bethencourt se unió con la famosa Teguisse, hija de Gadarfía, rey de Lanzarote, aunque esto puede que no tenga rigor histórico. La otra, Tenesoya, sobrina del rey de Gáldar, se casó con otro Bethencourt. También hay que destacar la línea de los Spínolas con cardenales como Agustín y Marcelo Spínola, y los beatos Carlos y Alberto. El padre del doctor Alfonso Spínola, don Melquiades Spínola Bethencourt ya nos resulta un personaje extraordinario. Para poder dar educación a sus hijos se trasladó de Teguisse a Las Palmas, donde fue escribano y profesor del Colegio de este nombre. Era un hombre de desbordada generosidad. Se cuenta que una mañana que había agotado el dinero que le daba a los pobres, se desprendió de su camisa y la entregó a un pobre hombre aterido de frío.

⁷ BOSCH MILLARES, Juan: «Don Alfonso Espínola Vega», *El Museo Canario (Las Palmas de Gran Canaria)*, 37-40, (1951), pp.55-98.

⁸ Diccionario de la Real Academia Española (Edición 22ª, 2001): **guanche**. 1. adj. Se dice del individuo perteneciente a la raza que poblaba las islas Canarias al tiempo de su conquista. U. t. c. s. 2. adj. Perteneciente o relativo a los **guanches**. 3. m. Lengua que hablaron los **guanches**.

⁹ **Guanche** puede referirse a: Tenerife. **Guanche (Tenerife)**, el término **guanche** se refiere a los antiguos habitantes aborígenes de la isla de Tenerife. Pues significa "hombre de Chinet (Tenerife)". Aborígenes canarios, más comúnmente conocidos como **guanches**¹ son los diversos pueblos aborígenes de probable origen bereber que habitaban las Islas Canarias antes de la conquista castellana, que ocurrió entre 1402 y 1496. Aunque originalmente el término era exclusivo para los habitantes prehispánicos de Tenerife, su uso se ha extendido en el exterior de las islas para abarcar a todos los aborígenes de Canarias. **Lenguas guanches**, conjunto de idiomas extintos hablados por los aborígenes canarios. (Ref.: <http://es.wikipedia.org/wiki/Guanche>)

Cuando el cólera azotó Las Palmas, en el verano de 1851, con una cifra de muertos por encima de los 7.000, cuando aún los médicos no estaban de acuerdo si era una enfermedad contagiosa o epidémica, Don Melquiades se puso al frente del hospital que, improvisado en una casucha por el beneficiado de la Catedral don Cristóbal Caballero González, se instaló en el barrio de San José para atender a los enfermos que caían en las calles sin asistencia. Don Melquiades se negó a seguir la ruta de los notables que huyeron hacia los campos para librarse de la muerte. En dicho centro, sin remedios, auxilió a manos llenas a tantos desvalidos afectados por el mal, hasta que contagiado de la enfermedad murió. En "La Historia de las Islas Canarias" de Francisco María de León se cita entre las víctimas del cólera a un Espínola, sin poner el nombre. Bosch Millares asegura que fue don Melquiades. Por su destacada actuación como profesor y su gran labor humanitaria fue enterrado en el jardín del centro de enseñanza que, por entonces, estaba instalado en lo que fue convento de San Agustín y actualmente Audiencia Territorial.

Del matrimonio de don Melquiades y de doña María Vega nacieron cinco hijos, tres varones y dos hembras. Cuando murió don Melquiades tenía Alfonso cinco años. Un hombre rico de Las Palmas, José Gurié, ciudadano francés, amigo de don Melquiades, subvenciona sus estudios de bachillerato que cursa con gran brillantez. Estudia música. Tiene aficiones teatrales. Regresa a Teguiise y dentro de sus escasas posibilidades económicas y por sus impulsos de conocer el mundo piensa en ser marino. Pero otra vez una ayuda de Gurié marca el camino de Alfonso Spínola. Por consejo de sus profesores, el mismo mecenas le paga los estudios de Medicina que, según aquellos, era la carrera ideal para sus condiciones intelectuales y humanas, pese que se había destacado en matemáticas y en la rama de ciencia.

Estudia la carrera de Medicina en la Facultad de Cádiz. Hace la licenciatura en cinco años con brillantes notas. Un total de 12 sobresalientes, un premio, dos notables y 7 aprobados se pueden recoger en su expediente académico. Las notas más bajas corresponden a los dos últimos cursos, que hizo en un solo año. Obtiene sobresaliente en la reválida. Es un alumno que deja gran impronta entre sus colegas y profesores. Fue compañero de bachillerato de don Benito Pérez Galdós, y en Cádiz de los doctores Luis Tardío, Baldomero Cuenca, Lorenzo Cabello y Antonio Serratosa y todos hablaron de sus extraordinarias cualidades humanas y de sus

grandes conocimientos. Después, en el Uruguay, se encontrará con algunos de estos compañeros que seguirán reconociendo su gran ojo clínico y su magnífica preparación científica junto a su exquisita calidad humana.

Se establece como médico en Tegui, donde se casa con una mujer de extraordinarias virtudes, doña Rosalía Spínola Spínola, amante e intérprete de la música como su esposo. Se conocieron en las reuniones músico-literarias que celebraban por la noche en el pueblo. Intervienen en algunas obras de teatro entre otras "Los compadres del Rubicón" y "El Hallazgo", originales de doña Dominga Spínola, hermana de su padre. Estas obras estaban dedicadas a costumbres locales. Don Alfonso ya deja huellas de su desbordante generosidad. No cobra a los pobres y da dinero para las medicinas a los necesitados. La anécdota de la camella en celo que precisaba para asistir a un enfermo a larga distancia, que adormece fumando continuamente, es una muestra más de su heroísmo, si sabemos lo peligroso que es subir a una camella en esas condiciones.

Problemas de tipo político; era un republicano que no quiso apoyar a su discípulo don Fernando León y Castillo, que por entonces aspiraba a diputado en las Cortes. Como no estaba de acuerdo con la Política que corría por aquellos tiempos y además tenía un claro espíritu viajero, resto de sus aficiones marineras, se ve impulsado a emigrar, después de estar ocho años ejerciendo la Medicina con gran éxito y generosidad en Tegui.

Llega a Montevideo en 1878. Después de una corta estancia en la capital, ya con tres hijos, considera que allí no está su campo de trabajo; ha de ser alejado y con los menos favorecidos. Las Piedras, a veinte kilómetros de la capital, será el lugar elegido. Se llamó así por el arroyo que la circundaba; tenía entonces veinte calles.

Se estableció en los terrenos de doña Petrona nieves, donados a unas familias asturianas, a las que luego se agregaron canarios y gallegos. Asistencia médica, funciones sanitarias, enseñanza gratuita de las más variadas materias a los niños y jóvenes del pueblo serán sus principales funciones durante los cuatro años que duró su estancia en Las Piedras. La llegada de dos médicos a Las Piedras, temerosos de no poder trabajar por la enorme fama del doctor Espínola, hizo que éste emigrara a un pueblo más alejado de la capital y más pobre aún, a San José de Mayo. Allí, desde el día que llegó, su

casa estaba encendida todas las noches como un reclamo para los enfermos que quisieran ser atendidos. Sus actuaciones fueron recogidas con tal énfasis por la prensa, y tan emocionantes son los relatos de los que fueron sus pacientes, que causa admiración observar cómo la pluma de escribir se desliza cuando de elogios a un hombre desaparecido se trata. Léase por ejemplo: "Si hubo un solo Jesús de Nazareth, un solo Francisco de Asís y un solo don Quijote de la Mancha, el doctor Espínola reunió en sorprendente trilogía a Jesús, don Quijote y Francisco de Asís. De Jesús, una milagrosa comprensión del infinito dolor de los humildes a quienes prodigó sin tasa los tesoros de su filantropía inspirada en bondad y sabiduría. Tuvo del pobrecito de Asís, la excelsa modestia que engrandeció las obras de su corazón y los frutos de su cerebro excepcional. Y tuvo por fin del Hidalgo Manchego la noble locura del ideal, que le impidió encuadrar su vida dentro del estrecho marco de los convencionalismos y adaptaciones utilitarias, llevándolo doquier se sintiera la necesidad de una palabra de aliento o de una acción salvadora del cuerpo torturado o del espíritu abatido". (Publicado en *La Razón* de Montevideo, R. O. del Uruguay, enviado a las Sociedades Españolas a Santa Cruz de Tenerife el 29 de marzo de 1927).

A uno, conocedor de lo que rodea a la vida de los individuos y las fuertes y desagradables reacciones que provocaron la generosidad, la bondad y la grandeza, le queda un marcado interés por conocer la otra cara de la historia; el lado amargo y triste de un hombre bueno, lo que sufrió el Dr. Espínola por la incompreensión, por la envidia y por el orgullo de los que le rodearon. Porque cuando se muere y se es tan generoso, entonces son las alabanzas. Todo lo que sabemos de él fue escrito después de su muerte. Pero ¿qué sucedió en su vida íntima? Seguro que una vida con tanta generosidad creó incomodidad y envidia porque era ir contracorriente.

Casi por los mismos años de Espínola una escritora inglesa, Margaret Fairless, con el seudónimo de Michael Fairless, publicaba un delicado libro titulado *The Roadmender*. Un librito lleno de sensibilidad humana y que comienza así: "Yo había alcanzado mi idea de ser una *roadmender*, un peón de caminos, otros dicen un picapedrero. Alfonso Espínola era, como los monjes y los artistas, un peón de caminos, que hizo un largo trayecto hacia la gran puerta blanca y se detuvo siempre en lugares llenos de dificultades. Don Alfonso Spínola, como altos en el camino, siempre escogió el pueblo

más alejado y más pobre, porque en los pueblos más apartados y con más dificultades es donde se puede reflexionar mejor sobre la vida y sobre el hombre. En un pueblo se conoce mejor al hombre y se madura mejor la mente. No sé por qué Las Piedras nos recuerda al Macondo de "Cien años de soledad"; a orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos; veinte casas blancas que todas recibían el mismo sol y equidistaban lo mismo del riachuelo. Cuando aún las cosas no tenían nombre y había que señalarlas con el dedo. ¡Qué extraño camino eligió nuestro isleño médico! Seguro que buscaba la misma utilización del tiempo que hacía en aquel pueblo de Lanzarote, envuelto en arenales. El flujo lento del tiempo es necesario para la reflexión. La percepción exacta de la duración de los fenómenos que nos envuelven en lo que nos hace sentir el verdadero sentido de nuestra vida. Un espíritu como Alfonso Spínola no podía vivir en el bullicio, en la prisa, en el zumbido de una gran población, ni siquiera podía sumergirse en una ciudad de caras desconocidas con asuntos ignorados. Precisaba palpar al hombre individuo, a ese gran desconocido, objeto para él de estudio y de dedicación y, para esto, es menester la calma de esos lugares reducidos y habitados por los más pobres".

En Tegui, en Las Piedras, en San José de Mayo, Alfonso Espínola repartió generosidad y amor a manos llenas, pero también conoció al hombre en toda su hondura, y, desprendido de pertenencias materiales, maduró su espíritu en saberes fundamentales.

Hay una leyenda en América del Sur, que hemos tomado de Borges, en la que se cuenta la subida por una empinada y difícil escalera a la alta Torre de Chitor, donde hay en estado de letargo un ser muy extraño, que sólo se despierta cuando el que sube a la torre es un ser evolucionado espiritualmente. Dicen que, desde lo alto de la torre se ven todas las maravillas del mundo y que aquel ser se transforma al pasar los espíritus selectos y que entonces su piel se hace suave como la piel del durazno, símbolo sin duda de los sentimientos más tiernos de los humanos. Seguro que Espínola alcanzó lo más alto de la Torre Chitor y aquel extraño ser se despertó de su sueño y se transformó, admirado y asombrado ante un hombre tan puro y excepcional.

Hemos recogido solamente unos datos y los hemos expuesto. Es simplemente, una pequeña comunicación de algo que tenemos en marcha y que pensamos completar manejando toda la bibliografía que podamos obtener. Creo que el personaje merece ser estudiado, no sólo por lo que significó en Uruguay, sino por la gran figura médica que fue, y por lo que representa para España y para Canarias en especial.

Entre tanta Leyenda Negra, entre tanta explotación registrada, ante ciertas campañas de desprecio a la influencia española en América, el doctor Alfonso Espínola es una figura a tener en cuenta. Puede que los españoles por analfabetos lo tengamos ignorado, como su placa en los sótanos de un ayuntamiento, pero las higueras uruguayas, los hombres y las mujeres de aquel país saben de la sabiduría, la bondad, el heroísmo y la entrega de don Alfonso y doña Rosalía.

Un canario, un médico canario, ante estos documentos no ha podido reprimir la salada expresión que brota de un fuerte y emocionado sentimiento nacido ante esta lección de ternura. Por ello, piensa dedicarle el tiempo necesario para que se sepa quien fue don Alfonso Espínola, o Spínola, con e o sin e. En América le añadieron la e, la letra del comienzo de eternidad. La eternidad de los grandes hombres.

Después de estudiar la figura del doctor Espínola y de rastrear nuestra conciencia nos nace de nuestros adentros un profundo pensamiento embadurnado de viscosa y densa pesadumbre: *he echado a perder mi vida*. Y desde los antiguos recuerdos nos vienen a la memoria aquellos versos de Henrik Ibsen en Peer Gynt:

Somos los pensamientos
que hubieras debido pensar.
Somos las lágrimas
que hubieras debido llorar.

* * *

HOMENAJE AL Dr. ESPINOLA

En la Asociación de los Estudiantes de Medicina

El próximo Jueves 5 del corriente, a la hora 18, tendrá lugar en el local de la Asociación de los E. de Medicina, Juncal 1413, el homenaje que los universitarios rinden a la memoria del Dr. Alfonso Espínola, noble filántropo, apóstol de su profesión.

Consistirá este homenaje en la colocación del retrato del doctor Espínola en el salón de sesiones de dicha Asociación.

Harán uso de la palabra en este acto la doctora Paulina Luisi, el profesor Alfonso Lamas, el doctor Juan Carlos Plá, el señor Julio V. Iturbide y el estudiante José Pedro Cardoso.

Montevideo, 5 de agosto de 1926.-

*** * ***

En junio de 1954, apareció un folleto publicado por Vicente A. Salaverri, en Montevideo, de 6 páginas, titulado así:

EL HOMBRE QUE SACRIFICÓ SU VIDA POR LOS SEMEJANTES

Porqué va a consagrarse al

Dr. ALFONSO ESPÍNOLA

El árbol de la Abnegación

PARTE II

EL DR. ALFONSO ESPÍNOLA,
(Folleto editado por Vicente A. Salaverri)

I

Para hacer una crónica o discurso de esta índole que debe reflejar, lo más fielmente posible, una de las más bellas vidas que han florecido en el mundo, un griego del tiempo de Platón habría invocado a los dioses, pidiéndoles los más cálidos acentos y las palabras más justas y expresivas. Tratándose de *lo más*: en este caso la hermosura del alma, se necesita *lo más*; y aquí se trata de la chispa fascinante de la elocuencia.

II

Un ser de excepción

El doctor Mateo Legnani ^{10,11} que siendo muy joven, pero ya titulado, conoció al doctor Alfonso Espínola, ha dicho que para obtener una figura igual, habría que fundir, en una sola personalidad, rasgos de tres caracteres cumbres: Jesús, hombre sublime, el Poveretto de Asís y nuestro señor Don Quijote de la Mancha. Pero ved, ya en prosa corriente, lo que escribe desde Chivilcoy [Provincia de Buenos Aires, Rpca. Argentina] el doctor Teodorico Nicola (tío del inolvidable doctor [Francisco] Nicola Reyes), el 24 de julio de 1905, en cuanto se entera de la muerte de Espínola: "Como filántropo, estaba por arriba de todos los que han existido en el mundo desde que se creó. No era filántropo por asco al dinero, precisamente, sino a

¹⁰ BRAZEIRO DIEZ, Héctor: Mateo Legnani (1884-1964), en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, Mañé Garzón, F. y Turnes, Antonio L. Editores: pp.: 151-156; LEGNANI RODRÍGUEZ, Ramón: Mateo Legnani (1884-1964), en Médicos Uruguayos Ejemplares, Ref. ant.: pp. 149-150.

¹¹ TURNES, Antonio L.: Mateo Legnani: Un médico ejemplar del siglo XX, desde Santa Lucía, con proyección nacional. En: <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/legnani.pdf> (Consultada el 24.01.2012)

exigencias del corazón, si hubiera nacido como Rostchild o como Vanderbilt, habría desparramado de inmediato su fortuna para que los pobres la recogieran”.

El doctor Alfonso Espínola – y aquí ya hablamos nosotros – en rigor repartió millones. Mucho dinero cobrado, e infinito más dinero por los honorarios que nunca cobró; y luego ya millones por la asistencia sabia, cordial, que siempre prestara y por las muchas vidas que salvó. Que esta sublime labor necesita ser tasada en todo lo que ha significado.

Póngase atención, que lo que vamos a decir es cosa que hace un enorme bien al alma. Vamos a ver, no ya un hombre, sino que mirando a Espínola, espectáculo moral máximo, nos va a parecer que contemplamos el “extasiante infinito”, como expresaría el Carlyle de “Los Héroes”. Nos vamos a reconciliar con la humanidad toda, pese a sus yerros, llenándonos de esperanza respecto al porvenir, pues si han podido emerger del barro de la tierra seres tan superiores como Sócrates y Epicteto en siglos pasados, y ya en el siglo último, un Espínola, una Mme. Curie y un Gandhi, no entrever que a la vuelta de uno o más milenios la tierra va a estar plagada de criaturas buenas, esencialmente buenas, absolutamente buenas, fuera “derrotismo”, como se dice ahora. Y esto, aunque sólo sea para vivir con esperanza - ¡qué cosa alentadora la esperanza! – no se debe admitir.

Pero no divaguemos que el espacio hace falta para decir las cosas esenciales de Espínola: los datos biográficos, los conceptos que constituyen juicio, los hechos caracterizantes... Vamos a servirnos, con frecuencia de la anécdota, para que surja ante la conciencia nacional la evidencia de que tenemos una inmensa deuda con el médico canario, que no en vano decía desde la otra orilla del Plata, quien antes actuara en ésta, junto a Espínola: el austero e ilustrado doctor Nicola:

“Levanten un monumento por suscripción pública, que nadie se va a negar a contribuir”. Y luego: “Coloquen una placa que diga: “Filántropo, médico y filósofo. Nació pobre, vivió pobre, haciendo siempre el bien, y murió pobre”.

III

El gran espíritu

Viene al mundo Alfonso Espínola el día 24 de diciembre de 1845, en la Villa de Teguise, que fue capital de Lanzarote, en el archipiélago canario. Teguise – y estamos en la leyenda – fue una princesa indígena preciosa, rubia, de ojos azules. (Los primeros pobladores de las Canarias, equivalentes a nuestros indios, eran rubios).

El isleño Espínola, que demostraba una singular inteligencia desde niño, hechos los estudios previos, pasa a la península para graduarse de médico. Y estudia en las Facultades de Sevilla y Cádiz. En esta última se le expide el título. El facultativo – que logró gran experiencia en los hospitales (se hacían consulta con él, siendo estudiante) -, vuelve a la tierra natal y dedica 8 años a la asistencia altruista de enfermos. Pero pronto nota que no se halla bien en aquel ambiente, a causa de su simpatía por los ideales republicanos; siente recia contrariedad ante las desigualdades, dado su amor a la libertad y la justicia.

Sufre luego un choque psíquico que le trae consecuencias. Un amigo de infancia, León y Castillo, que había de ser político famoso sirviendo la causa monárquica (lo hizo el rey Marqués de Muni), le pide que interponga su ascendiente de médico entre las muchas gentes que ve y atiende, para que él, León y Castillo, salga diputado a Cortes (monárquico, naturalmente) por la circunscripción. Espínola se niega. A partir de aquí empiezan a ponérsele obstáculos en el camino.

Y con su mujer y tres hijos, alguno de los cuales alcanzó 72 años viviendo en nuestro país, se viene al Uruguay, siguiendo el ejemplo de su compañero el doctor Baldomero Cuenca [y Arias (1848-1915), casado en Salto con Mercedes Lamas y Delgado (1856-1910) hermana del famoso profesor de Clínica Quirúrgica Alfonso Lamas y Delgado (1867-1955)]¹², quien fuera padre de los médicos orientales Baldomero y Juan J. Cuenca y Lamas, [graduados en Uruguay el 20 de junio de 1903 y el 22 de diciembre de 1909, respectivamente], que también dejó España, principalmente, por sus inclinaciones antimonárquicas. Cuenca que conoce bien a Espínola, presiente que el ex discípulo ha debido llegar escaso de caudales. Y le manda 200 pesos, a fin de que tenga para revalidar el título:

Cuenca – dice Espínola a su mujer, muy emocionado – hace por mí lo que yo habría hecho por él. Somos lo que fuimos cuando

¹² POU FERRARI, Ricardo: El Profesor Enrique Pouey y su época. Montevideo, Ediciones Plus Ultra, noviembre 2011, 742 páginas; pp.241-242.

estudiábamos. Más que dos hermanos: la prolongación el uno del otro. En la tertulia de intelectuales que se formaba en la Librería Barreiro – estamos en junio de 1878 (Espínola desembarcó el día 3) -, otro distinguido médico español aquí radicado, el doctor Antonio Serratosa, se sorprende: “¿Es usted el famoso Espínola, de quien oí tantas referencias en la Facultad de Medicina de Cádiz, cuando yo estudiaba allí?” Espínola, que es sencillo y vivaz, le replica: “De famoso no tengo nada, pero en Cádiz sólo había un Espínola y ese era yo”.

IV

La epidemia de Las Piedras

Pudo quedarse en Montevideo, pues se le ofrecía amplia órbita para actuar. Pero él expuso digno: “Iré allí donde no haya ningún médico”. Y eligió la localidad de Las Piedras. No aludiremos, en este punto del relato, sino su actuación abnegada, grande hasta lo heroico, en medio de la tremenda epidemia de viruela que se desarrolló entre 1881 y 1882. Fue algo espantoso. En esa época no sólo era difícil vacunar por escasez de los medios, sino por falta de convencimiento. La gente rechazaba la vacuna, considerándola un peligro. Y caía en el peligro más grande, contrayendo la traicionera y repulsiva enfermedad.

Y allí apareció en plenitud la grandeza de Espínola. Quince días de no parar un segundo, asistiendo víctimas, con las noches tirándose vestido en un sillón, en medio del campo, debajo de tres higueras que formaban techo juntando sus ramas. Era el punto equidistante de los mayores focos de viruela de Las Piedras. Continuamente venían a buscarlo por éste o aquel reagravamiento. Y él cortaba el sueño para llevar el auxilio de la ciencia a las casas pobres o donde quiera que se le solicitara. Los pies se le habían hinchado de tal modo con aquel batallar sobrehumano, que sólo podía calzarse zapatillas. Dos vecinos, los señores Pilar Cabrera y Valentín Araquistain, se turnaban, junto a las higueras, para anotar los llamados nocturnos en tanto el médico estaba ausente.

¿Qué contextura tenía este extraordinario benefactor para resistir una tarea tan heroica y extenuante?--- Descríbase al doctor Alfonso Espínola de una vez en lo físico. Era alto, fuerte, bellamente varonil, bien plantado, arrogante y sencillo, con las partes menos nobles del cuerpo ceñidas, para que sobresaliese aquel amplio pecho, que encerraba uno de los más bellos corazones que aparecieron en el mundo. Sus espaldas eran anchas, como para sobrellevar peso. La cabeza hermosa, altiva y crinada; el rostro blanco, limpio a pesar de la vida a la intemperie; la frente digna; la nariz enérgica; los ojos dulces, pero penetrantes; la boca austera, mas con labios que sabían dibujar bien una dulce sonrisa cuando correspondía.

V

Todo un hombre

Pocas veces continente y contenido guardaron más armoniosa relación. La noble figura, que cruzó las calles de Las Piedras (1878-1882) y San José (1882-1905), en el transcurso de 27 años, enfundada en las vestes un poco románticas de la época o cubierta con un recio poncho áspero, en los crudos días lluviosos e invernales, apoyándose en un recio bastón rústico para mejor descansar el cuerpo, ya de suyo fatigado, tenía verdadera majestad. Con ser tan natural el doctor Espínola, con ser tan afectuoso, con aparecer con harta frecuencia cubierto de sudor, salpicado de barro o destilando agua, era distinguido e imponía respeto:

¡E un gran signore! – decían los trabajadores italianos, tan abundantes en San José por ese tiempo.

Y bajaban de la vereda, el sombrero en alto, como si por la acera pasara un rey.

Tenía una fuerza extraordinaria, que le permitía cargar un enfermo con toda facilidad, cualquiera fuese el peso. Sus dedos, que parecían blandos si acariciaban a un niño, eran de acero cuando tomaban el bisturí. Una vez que lo atormentaba una muela, la apresó con las yemas del pulgar y el índice y se la arrancó como si se hubiera valido de la pinza del dentista.

VI

El clínico juzgado por el Dr. Visca

Su tenacidad y su ánimo no tenían parangón. Por eso llamaban a Espínola cuando había un enfermo desahuciado. “¿Han agotado ustedes todos sus recursos?” preguntaba en tal caso a los colegas que lo asistían. Y ante la afirmación, decíales sin petulancia, pero con honrada firmeza: “Bueno, ahora vamos a ver si tengo suerte empleando mis recursos yo”.

Ante cierto caso muy grave, la familia del paciente, que era gente de fortuna llevó al más ilustre clínico de la época, el sabio doctor Visca. Hubo el consiguiente cambio de opiniones. Y luego que habló nuestro personaje, el doctor Visca manifestaba a los otros facultativos: “Después de lo que ha dicho Espínola creo que no queda una sola palabra por agregar”.

VII

El médico desposado con la pobreza

Y bien; este médico que sabía tanto y que hacía curas prodigiosas que veía enfermos de día y de noche, que se pasaba horas y más horas junto al lecho de sus semejantes, pobres o ricos, no sólo no cobraba o cobraba poco, sino que lo que cobraba lo daba, y la esposa, que secundábale en muchas curaciones del consultorio, tenía que coser para las tiendas, a fin de ayudar al hogar.

Se pasaba rechazando dinero, si alguien sentó, que Francisco, el de Asís, se había desposado con la pobreza, con idéntica razón se ha de decir que hizo connubio con la pobreza el médico de Lanzarote. Pero con esta diferencia a favor de Espínola: Francisco hacía, o creía hacer una buena operación, pues que todo le sería compensado con creces en el cielo; en tanto Espínola, sólo atento a remediar males, pensaba que al final de su larga jornada derregadora, no le esperaba más que retornar, hecho cenizas, al seno de la gran madre, de la Naturaleza: “Polvo eres y en polvo te convertirás”.

En Las Piedras habitó el doctor Espínola un chalet – la “Casa del Pico” – que aún está en pie en la actual calle Baltasar Brum.

A solicitud de los respectivos Ministros Plenipotenciarios, los gobiernos de Francia e Italia enviaron sendas condecoraciones a quien tantos franceses e italianos residentes en San José había

atendido y hasta salvado. Jamás se puso las cruces, que eran sumamente vistosas por sus esmaltes y sus cintas. Cuando un niño lloraba mucho en el consultorio, a falta de juguetes, se las daba para que se entretuviera. Así hasta que se perdieron.

Cuando un familiar o un amigo le echaba en cara que se diese al trabajo profesional tan sin limitación, tan sin medida, heroica y generosamente, el doctor Espínola explicaba: "Si ustedes vieran lo que veo yo, procederían de igual modo". En los períodos más fatigantes de trabajo, los pies de aquel médico austero que carecía de coche, se le volvían a hinchar. Y él falto de tiempo para reponerse, recurría al medio más fácil y socorrido para atenuar aquel sufrimiento: tener los pies en agua tibia en el único rato en que estaba sentado en su casa: a la hora de comer.

"Era médico de los buenos – escribió el doctor Nicola -. Tenía ojo clínico como pocos. En consulta, sus discretos consejos ayudaban al colega a salvar una situación desesperada. En los casos graves solía encontrar pronto la solución para impedir que hubiera un muerto más". Su fama se extendió de tal modo en los últimos años, que hasta de Río Janeiro y Buenos Aires le traían enfermos: casos que los otros médicos daban ya por perdidos.

VIII

El senequista desdeña el dinero

Pero lo excepcional, lo único, lo no igualado por profesional alguno, era su desinterés. Nunca pasaba cuenta. Y cuando se las reclamaban, difería con un sincero "¡Hay tiempo!"

Tenía una tendencia natural a ver en todas partes dificultades, menos en su casa, donde creía que podía haber de todo para dar, como aquel puchero hecho en grandes cantidades, porque el doctor veía a un pobre ser, en el consultorio, cayéndose de debilidad y ya estaba reclamándole a los familiares: "A ver chiquilinas (las hijas) si se le puede dar alguna cosa". Personas había que se paraban frecuentemente, con un plato vacío a la puerta. Y el doctor Espínola llamaba invariablemente a la consorte: "Rosalía: haz el favor de venir con la olla". En la casa de Espínola se gastaba pocas cosas. Pero el puchero se hacía abundante pensando, no en los de la casa, sino en el desvalido.

Siete camas llegó a tener instaladas en su domicilio de San José, conduciendo allí los enfermos que no cabían en el hospital. Con esas camas ocupadas, le llevaban niños. Y él hacía pequeños lechos juntando sillas. En cierta ocasión, con el improvisado hospital de la casa lleno, le llevaron a medianoche un herido grave. Le pidió a la mujer que pusiera sábanas limpias y lo acostó en su lecho. Santos lo quiso hacer Cirujano Mayor del Ejército. Y él resistió así: "Es aquí donde me necesitan". Dejó Las Piedras cuando la población era excesiva para que la atendiera un solo médico. Ningún colega quería ir allí donde tan gran clínico, Espínola, cobraba poco o no cobraba. Se marchó a San José. Y entonces fueron ya dos médicos nuevos a Las Piedras.

IX

En el campo de la anécdota

Cierta vez atendió a un coterráneo. Resultó una asistencia larga. Y atenta como todas las suyas. Cuando el canario, ya en perfecto estado, fue a preguntarle cuánto le debía, el doctor Espínola que, como todas las grandes almas tenía tanto candor de niño, le dijo con aquel tono ingenuo que era su encanto: "Lo suyo se cobró por adelantado. Usted no sabe los higos que arranqué siendo muchacho a las higueras que tenía su padre en nuestra villa".

Hemos de advertir que las anécdotas, que a algunos pueden parecer exageradas y hasta chocantes, serán corroboradas en cualquier momento por testigos o personas que las oyeron de labios responsables.

Un estanciero, gravemente enfermo, estuvo en manos de muchos médicos en Montevideo, sin lograr mejorar. Pero lo sugestionaron con las curas del doctor Espínola y fue a su consultorio de Las Piedras. Del consultorio marchó a la botica. Y le dieron el medicamento. A los amigos les expresó a poco su desencanto: "¿A qué me han traído aquí? Llevo gastados ríos de plata, ¿y ahora me van a curar con un remedio que me ha costado cuatro reales?" La respuesta fue: "¡Tómelo que usted no sabe las curas que hace ese hombre!" Siguió la asistencia y se curó el enfermo.

Con la consiguiente satisfacción va a la casa de Espínola para pagar su cuenta. El médico, que lo recibe afectuoso, tiene un "¡Cuánto dinero!", cuando ve volcar al cliente su cinto sobre la pobre mesa de

trabajo. Ruedan una porción de monedas de oro que el estanciero apila, al tiempo que dice: "Todo esto es para usted". Espínola toma delicadamente una moneda – una sola moneda – y le replica: "Con esto alcanza. Yo no he ganado más". Poco importó que el otro dijera que fue a Las Piedras sintiendo ya la muerte, desesperanzado. Espínola era irreductible.

Si se le decía que en su casa había pobreza, él argüiría que había lo necesario. Si se le advertía que era padre de familia, que tenía hijos, él tendría su austero: "En la vida todos tenemos que trabajar. Ellos trabajarán también".

El caso de las monedas de oro (las monedas de oro circulaban corrientemente en la época) se repitió con otro cliente, según lo ha referido hace años Sánchez Bombín. Un viejo español, después de larga asistencia, en el "Hotel Francés", le mandó un áureo montoncito de cóndores chilenos; y Espínola sacó uno. Tasaba sus servicios de \$ 8.82, según se vio entonces.

El caso del regalo del coche es más expresivo aún. Espínola había hecho dos curas que se reputaban punto menos que milagrosas; la del señor Domingo Fernández y la de un estanciero Sánchez, a quien todo el mundo conocía por "El Pescador". Ambos habían sido desahuciados. Juntaron su agradecimiento así: Fernández compró una "victoria" y Sánchez le puso los caballos, dos bayitos espléndidos. Y le mandaron el regalo a Espínola. Pero el cochero regresó con un "Dice que no lo acepta". Reflexionaron los otros y le recomendaron al auriga: "Vuelva a la casa del doctor y deje, bien en la puerta, el coche con los caballos maneados". Fue así como el doctor Espínola tuvo, al fin, coche. Pero pasó algo más de un año y paró el vehículo, porque la plata que admitía recibir no daba para pagar cochero.

Tenía un escrúpulo natural y respetable, para tomar dinero. Para el doctor Espínola parecería esta nuestra "chispa" que hemos publicado ya en alguna parte: Cuando trabajo y me pagan, ¡cómo me achico! Cuando trabajo y no me pagan, ¡cómo me agrando!

X

El "Árbol de la Abnegación"

y el dolor de un pueblo

Hay una frase magnífica del doctor Francisco Giampietro, que se dijo en el Parlamento hace unos años, creemos que al dársele el nombre de Espínola al Liceo de San José. Tal frase merecería ser puesta en el sencillo monumento que desea levantar la Junta Honoraria Forestal al lado del "Árbol de la Abnegación" que va a consagrarle. Escribió el doctor Giampietro esto, realmente lapidario: "Espínola atendía a los ricos por obligación y a los pobres por devoción".

A los 21 años de la muerte del grande hombre, cuando se puso una placa de bronce en la casa donde expiró este apóstol del bien y otra en el hospital maragato en que tanto bregara, el doctor Mario Simeto¹³ que fue con una delegación de Montevideo, se asombraba. No concebía que el recordar un hombre a tal distancia, hiciera llorar, unánimemente, a todo un pueblo. Pero tratábase de un médico que, como dijo acabadamente el maestro Gabriel Deza, en el entierro de Espínola, "emocionó todas las almas con el sinnúmero de sus sacrificios".

Lloraban los hombres viejos y las mujeres que fueron asistidos por él, bastantes de ellos, en otra epidemia de viruela, de la magnitud de la de Las Piedras; lloraba la gente más joven, a mucha de la cual alcanzaron los auxilios del doctor Espínola; y lloraban los niños, que en sus hogares y en la escuela oyeron hablar de un santo que nada quería para sí y que con los enfermos hacía milagros. Juna de las cosas más comentadas, en las curaciones de la viruela, es que los asistidos por el doctor Espínola carecían de estigmas, aquellas cicatrices que amargaron la vida a tantas personas, principalmente del sexo femenino, pues privaban de belleza a lo que podían haber sido antes el rostro más agraciado y cautivante.

El albañil que ponía la placa en la casa donde murió el filántropo, ofreció el tributo de sus lágrimas el día anterior, cuando trabajaba, también a él le había salvado una hija el médico extraordinario. Y también él quiso, en su fecha, retribuirle de algún modo, no sólo el acierto, sino las muchas horas pasadas por el doctor Espínola junto a la niña. En cierta fecha, toda la noche, pues no tomaba con los padres los remedios. Él se los dio, salvándola. Y el albañil le llevó al doctor una vieja moneda de oro que escondía. "A su

¹³ TURNES, Antonio L.: Mario C. Simeto (1882-1930). Véase en: <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/simeto.pdf> (Consultada el 23.01.2012)

hija puede hacerle alguna vez más falta”, adujo Espínola. Que intuyó que dejaba al padre un poco humillado a juzgar por su aire. Entonces dijo para conformarlo: “Bueno, déme cinco reales y estamos en paz”.

Un centenar de anécdotas, con igual significado, se podrían narrar y esto iba a hacerse inacabable. Preferimos decir algo, no ya del clínico, sino del psicosomático (esto, tan pitagórico, es hoy la última palabra de la medicina) que había en el doctor Espínola.

XI

Rasgos admirables

Cuando tenía un enfermo grave, e iba a altas horas de la noche, para no alarmarlo, disimulaba: “Pasaba por ahí, de vuelta de un llamado, ví luz prendida, y entré para descansar”. A una jovencita, presa de un gran miedo, aterrada con la idea de la muerte, pues se sentía muy mal, le hizo esto: Vio una guitarra en la pieza contigua, y tomando el instrumento de inmediato, se puso a tocar con cara alegre graciosos aires españoles. Y la muchacha le decía luego esto a la madre: “Si yo estuviera grave, el doctor no habría tenido humor para ponerse a tocar la guitarra como lo hizo, ¿no es cierto?”

Espínola tenía gran afición a la música. La componía, bien que nunca la escribiera. Tocaba el piano, el armonium y la flauta. Además de la guitarra, como ya se ha visto.

XII

Un demócrata de vasta cultura

Era un hombre completo. Como médico, saber e intuición, cerebro y corazón. Pero es que cerebro y corazón lo tenía para todo. En los grandes fastos, resultaba un orador de extraordinario brío e indudable brillo. Martínez Vigil lo oyó improvisando en el Teatro Vallebona un 14 de Julio, con un conocimiento de la revolución francesa digno del generoso espíritu liberal que lo arrancara de su patria. Se dieron casos de manifestaciones desfilando por las calles maragatas, que coincidieran con el regreso de Espínola, de alguna de sus salidas médicas al campo. Se le exigía insistentemente, que hablara y él dirigía una vibrante arenga como cuadraba a demócrata tan encendido por el amor al prójimo. A infinidad de pobres los

proveyó de los remedios continuamente. Eran de ver las cuentas que pagaba en la botica.

XIII

Espínola solo era casi un liceo

Si se dio entero en la Medicina, no se mezquinó en la Enseñanza. Tanto en Las Piedras como en San José dio clases de Historia, Historia Natural e idiomas en las escuelas de 2º grado. En el "Centro de Instrucción" maragato, se dio también a la enseñanza como él se daba a todo: con pasión. Actuó junto a profesores notables, cuyos nombres se recuerdan aún: Becerro de Bengoa, Villagrán, Galindo, Chilini... Los sueldos los renunciaba, a fin de que con ellos se compraran libros. Clausurado el "Centro de Instrucción", atendía a los muchachos que así lo deseaban, en su casa. Como su cultura era tan vasta, enseñaba aún más materias que en las escuelas. Todo con los buenos modales que se aprendían sólo por estar al lado de hombre tan bueno y fino. En la plaza, en noches estrelladas, explicaba Astronomía.

XIV

Amigo de Pasteur

Una vez que le sobró dinero, abrió el "Laboratorio Microbiológico Antirrábico Ferrán", el primero de este género que hubo en Sudamérica. Lo que le valió ser puesto en estrecha comunicación con Pasteur, del que llegó a ser dilecto amigo. Faltaron luego los recursos y hubo que clausurar aquella casa de investigaciones científicas que ya empezaban a dar nombre al Uruguay.

XV

En la Isla de Flores

Por un breve período, él, que desdeñó el cargo de Cirujano Mayor del Ejército, pasó a ser sacrificado médico del lazareto de la Isla de Flores, a donde no quería ir colega alguno; pues se quedaba sin clientes. Fue el único cargo retribuido que tuvo Espínola, allá por 1888. Con las pestes, el Lazareto se llenaba de gente a la que se le imponía cuarentena. Las artistas de teatro querían rendirlo con sus gracias, para que no les fumigara los vestidos, pero... ¡cualquier día el

doctor Espínola iba a dejar que, por una contemplación gentil, se propagara un mal epidémico en el Uruguay que tanto amaba!

Cierta vez se sacó de un barco, en estado muy grave, a un rico armador alemán. Espínola luchó con el mal a brazo partido. El hombre hablaba a cada paso de su familia y Espínola le llevaba sus pequeños hijos para que no se sintiera tan solo en el Lazareto. Murió el hombre. Y la esposa, a sabiendas de lo que el médico de la Isla de Flores había hecho, le mandó dos mil pesos que fue a llevarle, personalmente, el Jefe de Sanidad, doctor Herrera Salas. No hubo forma de que el irreductible médico hipocrático recibiera la suma. Entonces Herrera intentó dejársela a la señora de Espínola, que lo atajó con un "Yo no puedo tomar lo que Alfonso rehúsa aceptar".

XVI

La muerte del estoico

Los esposos Espínola tenían la envergadura de los grandes estoicos. Don Alfonso por filosofía y doña Rosalía por la más absoluta solidaridad con su marido. María y Esther, las dos hijas sobrevivientes, que han sido nobles educadoras, trabajando sin descanso, como quería el padre, recuerdan y agradecen las grandes lecciones de austeridad que se les dio. Y vierten lágrimas cuando recuerdan las circunstancias tan especiales que rodearon la desaparición del abnegado médico. Siempre le habían oído decir: "No me gustaría tener que sufrir mucho, pero a la muerte, en sí, no le tengo miedo". Y aconteció que en una fría tarde, a pesar de lo cual la casa de Espínola tenía las puertas abiertas, (la casa estuvo abierta siempre al necesitado), llegó una humilde mujer llorando. El marido se moría sin asistencia. Espínola estaba muy enfermo. 35 años de hacer Medicina prodigándose, siendo "mártir de la ciencia", como se le diría luego, habían comprometido las resistencias de un organismo que fue excepcionalmente vigoroso. Se rendía a los 59 años, el corazón, aquel magnífico corazón, tan bien puesto, que había dado tanto. Llevaba cuatro días caído en cama el apóstol magnífico:

Papá está muy grave. No la puede atender. Vea otro médico. ¿Qué profesión tiene su marido?

Como se le dijera que guardiacivil, María Espínola le dijo a la mujer que recurriera al Médico de Policía. Pero don Alfonso que lo había oído todo (ya dijimos que era costumbre de la casa mantener

las puertas abiertas), exigió que se le dieran las ropas, se vistió y se fue con la mujer, encrespándose ante la esposa y las hijas que intentaban retenerlo, haciendo hincapié en su mal estado:

¿Vosotras, sois vosotras las que me decís hoy a mí, ¡a mí!, que deje que se muera un hombre?... ¿Cómo es posible esto?...

Y salió con la pobre mujer que lo buscaba. Las 17 horas eran cuando regresó. Pero ¿cómo?... Al llegar al umbral de la casa ya no aguantaban las piernas. María lo tuvo que sostener. Lo pusieron en la cama exhausto, sin que se quejara. Y así seguía. Hasta las 3 de la madrugada, en que se dio vuelta, para quedarse en el sueño eterno. Había muerto como él quería. Con esa muerte envidiable que dicen es la muerte de los justos y que deja en el rostro una expresión serena.

Era el 20 de julio de 1905. La familia, siempre con pocos recursos, solicitó el entierro que apenas podría pagar: un entierro de tercera. Pero los dueños de la empresa – Casariego y Corrège – por su cuenta, a un “hombre de primera” le pusieron un entierro de primera, que iban a cobrar como de tercera. Era su homenaje.

Mas ¿quién no se adhería de un modo o de otro al duelo de aquella gran familia? San José tuvo una verdadera conmoción. Las gentes afluían en grupos frente a la casa y luego seguían el féretro anonadadas, reflejando la más honda pesadumbre. Los obreros – a pesar de que no estaban agremiados como ahora -, solicitaron, unánimemente, y ahí está lo expresivo, disponer de dos horas, para formar en el cortejo de aquél que era señalado en San José como “un dios que andaba por la tierra”. Y aquí concluye el relato. Martí, en este punto, agregaría bellamente, poniendo el símbolo: “Cuando se fue, tenía las alas limpias”.

Vicente A. Salaverri

* * *